

¿Qué puedo hacer hoy contra la dictadura?

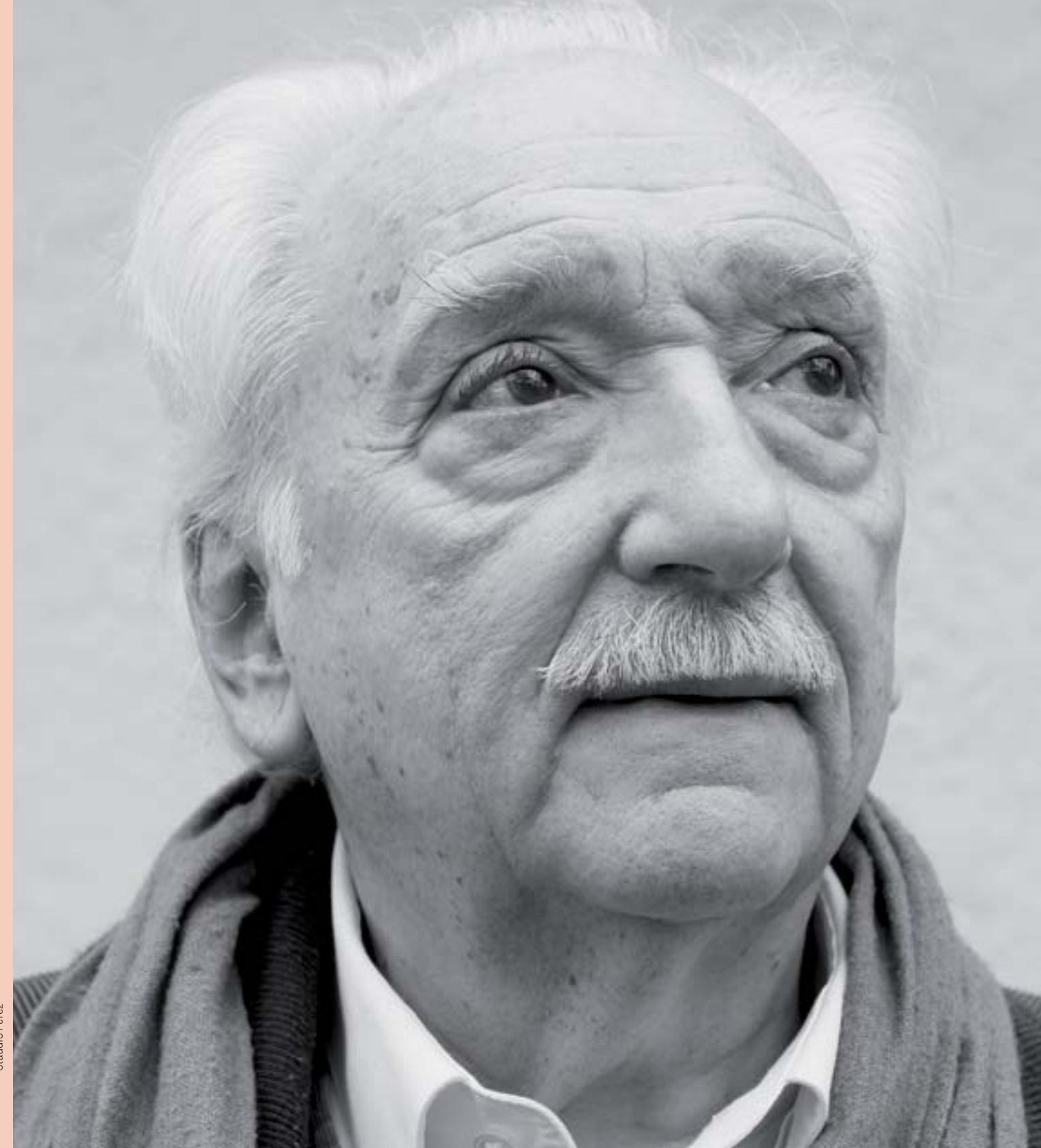
Jorge Arrate Mac Niven (Santiago, 1941), ministro de Allende, desde 1977 a 1987 fue director del Instituto para el Nuevo Chile en Róterdam. Después de haber sido ministro varias veces y de una candidatura presidencial, se encuentra retirado de la vida política activa.

Durante el exilio estuve totalmente centrado en Chile, en mi trabajo y en mi cabeza. Era evidente que yo retornaría apenas se pudiese, y por eso nunca me adapté realmente a Holanda. Nunca aprendí bien el idioma y tenía poco contacto con holandeses. Además, mi posición era privilegiada, pues siempre pude trabajar pagado contra Pinochet. Cada vez que despertaba pensaba, «¿Qué puedo hacer hoy contra la dictadura?»

Como militante del Partido Socialista (PS), durante la Unidad Popular fui consejero económico de Allende. Cuando se nacionalizaron las minas de cobre, el presidente me nombró director de la nueva empresa estatal, Codelco. También fui ministro de Minería durante un breve período. El día del golpe yo volvía a Santiago de un viaje cuyo fin era encontrar nuevos mercados para el cobre chileno. El aeropuerto estaba cerrado y el avión tuvo que dar la vuelta. Mi nombre estaba en la lista de los 95 políticos nacionales de izquierda que debían presentarse ante las nuevas autoridades, así es que después no volví más a Chile.

Después de dos años en Roma y otros dos años en Berlín Oriental, en 1977 me fui a Holanda por iniciativa de Orlando Letelier, ministro de Allende por el PS, y en ese tiempo director del Instituto de Estudios Políticos en Washington (Institute for Policy Studies). Ese instituto tenía una filial en Ámsterdam: el Instituto Transnacional (Transnational Institute, TNI), y por eso Letelier visitaba regularmente Holanda. A él no le parecía buena idea que el cuartel general del PS en el exilio estuviera en Berlín Oriental, porque el partido siempre había sido crítico con el socialismo estalinista de Europa del Este, y se sentía más cercano al experimento yugoslavo, a la revolución cubana y a otras experiencias latinoamericanas. Se daría una impresión errónea si el PS se instalara sólo en Berlín Oriental, y por eso Letelier quería instalar en Holanda un centro de estudios sobre dictadura y democracia. Junto con el Partido Radical Chileno, que al igual que el PvdA holandés era miembro de la Internacional Socialista, pedimos subsidio a Jan Pronk, ministro de Cooperación al Desarrollo.

Un gobierno con el PvdA como partido más importante nos beneficiaba: nos dieron subsidio para el Instituto para el Nuevo Chile (INC) en Róterdam.



Claudio Pérez

Jorge Arrate Mac Niven

Hasta su disolución en 1991, casi todo el subsidio provenía del Estado holandés, sin importar el color político del gobierno.

Fui el director del Instituto, que se comenzó a desplazar cada vez más hacia Chile. En Róterdam casi me quedé solo, porque cada vez más colaboradores podían regresar a Chile, mientras que yo estuve en la lista negra de la dictadura hasta 1987. En el Instituto hacíamos investigaciones, organizábamos reuniones y publicábamos documentos dirigidos al Chile de después de la dictadura. Eran importantes las escuelas de verano de una semana que organizábamos; primero en Róterdam y luego en Mendoza, Argentina, cerca de la frontera con Chile. Allí se encontraban los chilenos del interior y del exterior. En nuestro Instituto trabajaban juntos socialistas, radicales y demócratacristianos de izquierda.

La idea de que nosotros aprendimos a hacer coaliciones de la política holandesa es algo exagerada. Para mi desarrollo ideológico fueron más importantes los dos años en Roma, donde discutíamos sobre eurocomunismo. Allí surgió la idea de que había que hacer grandes coaliciones entre la izquierda y la democracia cristiana contra la dictadura.

Lo que era nuevo y sorprendente en la política holandesa eran la sencillez, la falta de ostentación, de demostración

de fuerzas y alarde. Una vez alguien me dio un número de teléfono de Joop den Uyl (el primer ministro), y cuando lo necesité, llamé. Alguien respondió «Aló», y yo pregunté: «¿Podría hablar con el primer ministro, Den Uyl?», «Sí señor, soy yo». Eso dice mucho de la relación entre políticos y ciudadanos. También para mí era sorprendente ver a Van Agt (primer ministro demócratacristiano de 1977 hasta 1982) en bicicleta –aunque políticamente no me gustaba– o ver a la reina en la Elfstedentocht («La ruta de las Once Ciudades»: una marcha en patines sobre hielo a lo largo de 200 km).

Había vivido en la República Democrática Alemana (RDA), donde la xenofobia estaba prohibida oficialmente. En Holanda culturalmente tampoco se respiraba mucha xenofobia; existía mucha tolerancia y respeto. En la escuela básica todos los niños eran blancos, a excepción de mis dos hijos, algo morenos, y la educadora, que era negra. Es decir, la persona con autoridad en el terreno del conocimiento y el orden era negra. ¡Un tipo de Obama!

Sobre Holanda en general difícilmente puedo hablar, porque yo vivía en Róterdam y viajaba mucho a Ámsterdam. Ámsterdam es distinta al resto del país: cosmopolita, tolerante, individualista y libertaria. Pero el calvinismo holandés sí me parecía extraño. Yo era ateo, pero crecí en una sociedad católica. Por eso, de vez en cuando tomábamos el auto y nos íbamos a Bélgica a comer bien con los católicos.

Se daría una impresión errónea al instalar el Partido Socialista sólo en Berlín Oriental



Yo quería volver a Chile a luchar contra Pinochet. Por eso, junto con algunos otros chilenos que también estaban en la lista negra, a principios de los ochenta intentamos tres veces entrar abiertamente al país, pero las tres veces nos impidieron la entrada en el aeropuerto de Santiago. En 1987, estando yo en nuestro Instituto en Mendoza, llegó la noticia de que podía entrar a Chile. ¡Me fui al día siguiente!

Personalmente no fue una decisión difícil, porque un año antes me había separado de Ana María. Mi hijo vivía ya por su cuenta en Ámsterdam, como estudiante del conservatorio, y mi hija iba a comenzar sus estudios de cine. Una razón importante para regresar eran mis padres. Era hijo único y en 1973 se quedaron de repente sin hijo, sin nuera y sin nietos.

En Chile reanudé mi trabajo político, hasta 1991 como director del INC, y después como presidente del PS. En los gobiernos de demócratacristianos y socialistas fui, entre 1992 y 1999, consecutivamente ministro de

Educación, ministro del Trabajo, y ministro secretario general de Gobierno. Luego encontré que esta coalición no ofrecía respuestas adecuadas a los problemas. La gran desigualdad social, la gran influencia del mercado y de las empresas extranjeras, la discriminación a los mapuches y la falta de democracia fueron enfrentadas insuficientemente. Por eso dejé el PS después de 46 años para, en 2009, ser candidato presidencial de partidos y organizaciones situadas a la izquierda de la coalición de gobierno. Saqué el seis por ciento de los votos.

Actualmente estoy más tranquilo que hace años. Estoy escribiendo mis memorias, ya no soy militante de ningún partido, y por tanto soy totalmente independiente. Todos los años voy a Holanda a visitar a mis hijos y nietos. Mis hijos dicen tener el sueño de regresar, un sueño que yo les he traspasado. Pero son totalmente holandeses, aunque hablen todavía como chilenos.

1999 en el Palacio de la Moneda con Winanda van Vliet. Detrás desde la izq. Hugo Bascañán y Peter Gelauff

Discurso en NIVON alrededor de 1980

La falta de ostentación en la política holandesa me llamó la atención

Ser reconocida como latina me entrega un sentimiento de pertenecer a algún sitio

Victoria Heinsohn Bulnes (Den Haag, 1986) se mudó con sus padres y hermana menor a Chile, donde tuvo que transformarse en una verdadera latina. Ahora vive otra vez en Holanda, donde tuvo que hallar de nuevo su lugar, ahora como latina en Holanda.

Mi madre me contó siempre que había demasiados exiliados que viven con «la maleta lista»: gente que vive diciendo «mañana regresamos», mientras el tiempo pasa y ellos siguen donde están. Su padre le había enseñado: «Si no sabes cuándo podrás regresar, tienes que ver la manera de crear un lugar en el país donde estés por si acaso tardas en volver, o no vuelves nunca».

Cuando tenía diez años, mi madre decidió que regresaríamos a Chile. Yo lo llamo ahora regresar, pero en realidad era irnos; yo no regresaba a ninguna parte. Nací en La Haya como hija de dos chilenos refugiados. Mis padres, procedentes de distintas partes de Chile, se conocieron en una peña folclórica en Holanda. Después de vivir y trabajar veinte años en Holanda, volvieron en 1996 a Chile junto a sus dos hijas nacidas en Holanda: Cristina, mi hermana pequeña, y yo.

Mis padres eran exiliados, pero yo no: me sentía holandesa, no chilena. Tampoco quería «volver» a Chile: no hablaba castellano, apenas conocía la patria de mis padres; tampoco quería renunciar a mi vida en Holanda, donde me sentía segura. La primera impresión de Chile fue un shock. Vi por primera

vez perros vagabundos, gente que vivía en la calle y edificios sucios. Todo era distinto; incluso las piedras en la calle no eran como en Holanda. No entendía nada de este nuevo mundo y nadie me lo explicaba.

Los primeros años fueron terribles. En mi escuela nueva era «la holandesa», la extranjera de Holanda, que hablaba un castellano raro y no conocía los usos y costumbres chilenos. Yo era «rara», alguien de fuera. Tenía que aprender todo de nuevo.

Lloré y me quejé durante un año: quería volver a Holanda. Hasta que mi madre dijo un día que estaba aburrida de mis quejas: «Ahora vivimos en Chile, no vamos a volver a Holanda, así es que céntrate». Entendí que tenía que cambiar, y pensé: voy a ser una chilena. Y eso es en lo que de verdad me convertí. Me costó entre dos a tres años perder mi acento holandés. En un momento determinado la gente ya no notaba que no había nacido allí; ya nadie me preguntaba de dónde era. Me gustó dejar de ser la gringa; ser simplemente la chilena Victoria.

Al final, soy la única de mi familia que ha conservado un lazo fuerte con Holanda.



Victoria Heinsohn Bulnes

En 2006 regresé por un mes a visitar a unos familiares. ¡Me encantó! Después de una visita más larga en 2008, decidí presentarme a una maestría de comunicación intercultural de la Universidad de Utrecht, que era mitad en castellano, mitad en holandés, y donde para mi sorpresa fui aceptada. Así que en junio de 2010 me mudé a Holanda. Lo que yo suponía era que después de un breve período volvería a Chile con la cola entre las piernas, pero no fue eso lo que pasó.

Esta vez tampoco fue fácil. Me había transformado en una verdadera latina y tuve que acostumbrarme de nuevo a la vida aquí. Todavía extraño el calor de los chilenos. En Holanda todo es muy planificado: si te quieres tomar una cervecita con alguien solo podrás si esa persona casualmente tiene algún huequito en su agenda la semana siguiente. En Chile no se hacen citas; sencillamente después de las clases todo el mundo va a tomarse una cervecita. Los estudiantes holandeses después de las clases se van directamente a la casa. En mis dos años de estudio tampoco conocí a nadie realmente.

Pero igual pude encontrar aquí mi lugar como medio holandesa, medio chilena. El año pasado me mudé de Utrecht a Róterdam. En Utrecht vivía en un barrio con muchos turcos, y casi siempre me confundían con turca. En esa época no me molestaba que no me vieran como latina. Lo pasaba bien en mi barrio multicultural. Cuando llegué a Róterdam me di cuenta de que sí me gustaba que me reconocieran como

latina. En Róterdam la gente sabe mejor quién y qué soy; pueden adivinar de dónde vengo; se habla mucho castellano en las calles; el basurero me saluda con un «Hola, señorita». Eso me gusta, aquí me siento realmente en casa.

He vivido la mitad de mi vida en Holanda y la otra mitad en Chile. No es fácil sentirte en casa y no sentirte en casa en dos lugares al mismo tiempo. No conozco a nadie que haya vivido 14 años aquí y 14 años allá. Por eso me siento a veces única, aunque prefiero no ser única y pertenecer a la masa.

Mi hermana se enoja siempre conmigo cuando viene a verme a Holanda. Ella encuentra que yo no soy yo misma aquí, que hago como que soy holandesa, mientras que en realidad soy una latina. Por supuesto que me comporto más holandesa en Holanda, tal como cuando estoy en Chile me comporto más chilena. Algunas veces es confuso, pero no creo que me haga «falsa» o «menos yo».

Muchas personas se sienten ciudadanas del mundo cuando se sienten bien en más de dos países. Yo soy una holandesa chilena y una chilena holandesa. Más que eso no soy, pero sí soy ambas cosas.

No conozco a nadie que haya vivido 14 años aquí y 14 años allá



Victoria con su madre regresan a Chile en 1989

Victoria en 2008



No es fácil sentirte en casa y no sentirte en casa en dos lugares al mismo tiempo

Los jóvenes chilenos luchan de nuevo por sus ideales. ¡Hermoso!

Jan Joost

Teunissen (1948) durante el gobierno de Allende trabajó durante medio año en cooperativas agrícolas del sur de Chile. Después del golpe de Estado, como colaborador del Comité holandés de Solidaridad con Chile, dirigió campañas de boicot contra la dictadura. Luego de su reencuentro con Chile en 1993 tuvo que olvidar su sueño chileno.

Durante el gobierno de Allende, a principios de 1973, mi esposa Aafke Steenhuis y yo fuimos a Chile a trabajar medio año en cooperativas agrícolas de campesinos pobres y trabajadores agrícolas. Ya desde mi época en la enseñanza media quería ir a trabajar al campo en América Latina, de preferencia en la reforma agraria. Estudié sociología y ciencias de la información en Groningen y en Wageningen, y seguía los acontecimientos en Chile muy de cerca. Me había dedicado durante años a leer textos de ciencias sociales, y ahora quería experimentar en la práctica, como participante, los problemas de la reforma agraria.

Poco antes de nuestra partida, en una reunión sobre Chile, conocimos a Max Arjan, quien quería crear un comité de solidaridad con Chile. Con él, Jan Pronk y otros, me involucré en la fundación de lo que más tarde fue el Comité Holandés de Solidaridad con Chile, (CKN, por sus siglas en holandés). Había mucha simpatía por la vía democrática al socialismo en Chile, pero el gobierno de Allende fue obstaculizado por los poderes económicos y financieros internacionales. Y queríamos denunciarlo.

Trabajé en dos cooperativas agrícolas. En la primera, cada familia recibiría un terreno propio y una casa, y yo ayudaba en la identificación de esos terrenos. En la segunda cooperativa no se consideraba importante la posesión de una parcela propia, ya que los hombres, casi todos mapuches, ya tenían su propia parcelita. Me sentía ligado a la gente. Por las noches bebíamos mate junto a la fogata. No se hablaba mucho, aunque de repente surgían historias.

Las contradicciones políticas fueron creciendo, también entre los partidos de izquierda. Los trabajadores del campo y los campesinos con bajo nivel escolar decían: «Tenemos que discutir nuestras diferencias y no dejarnos llevar por la lucha política dentro de la izquierda». Sobre esto trató el libro que escribí con Aafke, *Chileens Dagboek* (Diario de Vida en Chile). Posteriormente, en el Comité de Solidaridad con Chile no tuvimos preferencia por ningún partido político, ni chileno ni holandés. Los comités que sí lo hicieron fueron menos efectivos y duraron menos tiempo.

En el comité, como colaborador a sueldo entre 1975 y 1979, pude hacer mucha investigación y tenía contactos con los medios de comunicación y con

políticos. Después nunca volví a tener tanto poder. A través de las acciones de boicot en el ámbito del comercio, inversiones y préstamos, teníamos influencia directa sobre las políticas del gobierno holandés, y también a nivel internacional. Movilizábamos a grupos de personas y presionábamos a los políticos para que pusieran en práctica los discursos.

Las acciones de boicot de los comités locales se desarrollaban en los supermercados y en las verdulerías. Esto daba ánimo a la gente. Esas acciones tuvieron como resultado que Albert Heijn (uno de los supermercados más grandes de Holanda), no comprara más manzanas chilenas. Crearon además un clima político tal, que el movimiento sindical y los partidos políticos tuvieron que expresar su apoyo al boicot contra el régimen chileno. De esta manera, uno de los logros fue el congelamiento del seguro de los créditos de exportación, lo cual hizo imposible que Holanda exportara bienes de capital hacia Chile. Nuestras acciones más conocidas fueron aquellas contra la importación de manzanas chilenas, contra la empresa de construcción Stevin, que iba a invertir 62,5 millones de dólares en Chile, y contra los préstamos del banco ABN a Chile.

Cuando el régimen chileno le quitó la nacionalidad a Orlando Letelier el 10 de septiembre de 1976, poco después de que Stevin hubiese desinflado su potencial inversión, pude comprobar claramente que habíamos dañado al régimen. Letelier era ministro de defensa de Allende cuando Pinochet dio el golpe de Estado, y antes había sido tres años embajador de Chile

en Estados Unidos. Le quitaron la nacionalidad porque llamó a los trabajadores portuarios de Holanda a boicotear los productos chilenos y pidió a Stevin detener sus inversiones en Chile.

Me encontré con él cuatro veces en 1976. Nos hicimos amigos, y lo involucré en nuestras acciones de boicot. Letelier publicó un artículo poco antes de su muerte donde decía que el capitalismo brutal y los graves atropellos a los derechos humanos son dos caras de la misma moneda. Yo veía el golpe de Estado como una toma de poder capitalista, que arrasó con la democracia y los derechos humanos sin ningún escrúpulo.

Al principio yo estaba contento con el éxito comprobado de nuestro activismo, pero cuando supe, cuatro días más tarde, que Orlando había sido asesinado en Washington por el servicio secreto de Chile, me pareció terrible.

En nuestras acciones de boicot aprovechábamos el clima político del gobierno de Den Uyl. Los ministros Den Uyl, Lubbers y Pronk se sentían muy comprometidos con Chile. Los medios de comunicación nos daban mucha atención; también porque algunos miembros del mismo comité eran periodistas. Kokje, el hombre clave de Stevin, nos dijo: «Yo pensé que ustedes eran un grupito activista con lienzos y pancartas, pero se ve que tienen excelentes contactos con parlamentarios, autoridades locales y periodistas».

Pasaron veinte años antes de que Aafke y yo regresáramos a Chile, a principios de 1993; esta vez con nuestros dos

En nuestras acciones de boicot aprovechábamos el clima político del gobierno de Den Uyl



hijos pequeños, Belle y Jannis, para escribir nuestro libro *Weerzien met Chili* (Reencuentro con Chile). Esperaba encontrar en Chile algo de lo que había dejado: el sueño de trabajar juntos por un futuro mejor, pero eso era difícil, porque en una de las cooperativas se devolvió, en 1973, la mitad de las tierras a sus antiguos propietarios. En 1993, solo dos de los veintiséis hombres que habían recibido terrenos aún los tenían. En la otra cooperativa, los militares habían asesinado a cuatro de los cuarenta, y se le devolvió toda la tierra al expropietario.

Ayudándome de fotos busqué a la gente con la cual habíamos trabajado. Ellos nos dijeron: «Ustedes son los primeros que vuelven desde 1973. Ningún funcionario o político ha venido». Yo les conté que había ido para verlos y para escribir un libro sobre ellos, pero que luego me tendría que ir. Algunos pensaban que yo los podría ayudar personalmente, pero no podía. Eso fue doloroso.

Me sentía emocionalmente muy ligado a Chile. Parecía que mis raíces estuviesen allí. Los primeros meses siguientes al nacimiento de nuestra hija Belle, yo le hablaba en español, con acento chileno: «*Hoolola chiquilla*». Mi colega Adriana



Bulnes, una exiliada chilena, me dijo cuando regresé, al ver las dificultades por las que pasé: «¡Si pareces un exiliado!»

Tuve que archivar mi pasado con Chile, olvidar el sueño político. Veía en la televisión que los políticos de izquierda le daban la mano a Pinochet, que aún era comandante del ejército... Eso me ponía mal. Yo sabía que en los pueblos la gente todavía era humillada.

He estado muchas veces en Chile debido a que Fondad –un foro y red internacional sobre finanzas internacionales y países en desarrollo que yo fundé en 1986– colaboraba con la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina en Santiago, y organizábamos conferencias en conjunto.

Chile se convirtió simplemente en un país capitalista y, por tanto, dejó de ser especial en términos políticos. Pero con las protestas estudiantiles de los últimos años surge nuevamente algo del antiguo sueño. Los jóvenes chilenos luchan de nuevo por sus ideales. ¡Hermoso!

Conferencia de prensa con Isabel Letelier, viuda de Orlando Letelier y Relus ter Beek, diputado del PvdA, La Haya 1977

Acción de boicot contra la fruta chilena, puerto de Róterdam, 1976

Después del nacimiento de Belle, yo le hablaba chileno: «*Hoolola, chiquilla*»

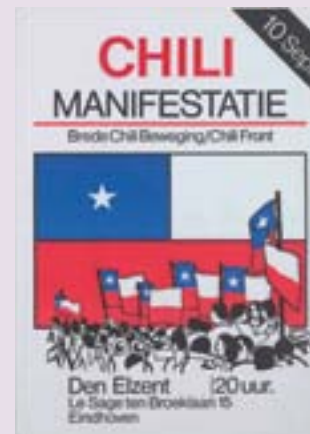
Afiches de la solidaridad

Afiches de la solidaridad



«Yo trabajo por Chile»
Fundación Evert
Vermeer, 1 de mayo
de 1973

«Ayuda al niño chileno. Apoya la acción de la olla común». Amstelveen, alrededor de 1980



Manifestación en Eindhoven, 1981



Fondo para la lucha por Chile,
mediados de los años setenta



Ámsterdam, 11 de septiembre, 1981



Comité Holandés de Solidaridad con Chile, Libertad para todos los Presos Políticos, 1976

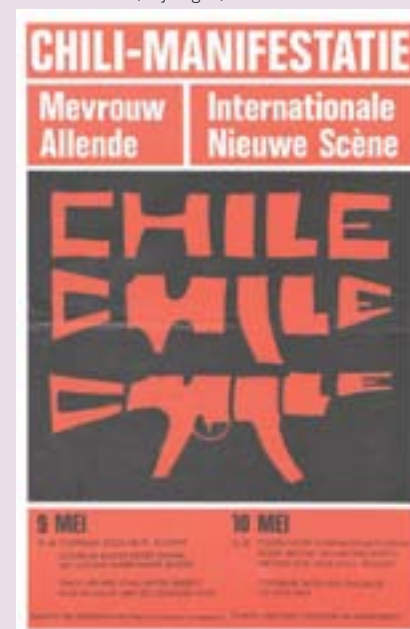


Ámsterdam, fines de 1973



Manifestación en Zwolle, 1986

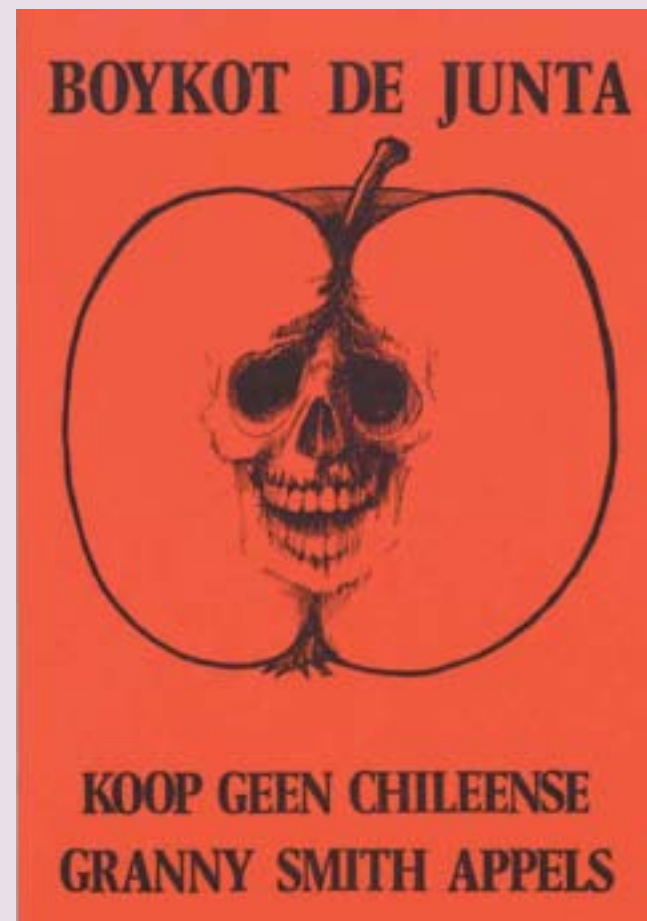
Señora Allende: grupo de teatro «Internationale Nieuwe Scene», Nijmegen, 1974



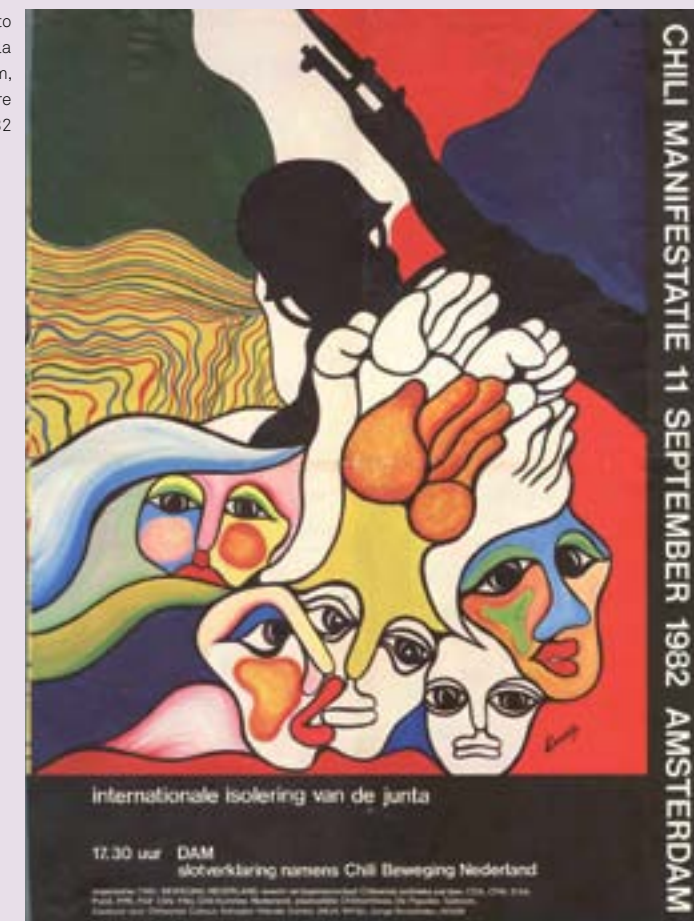
Acción contra el establecimiento en Chile de una empresa holandesa de cultivo de patatas; Friesland (norte de Holanda), 1979



«Boicot al fascismo chileno». Manifestación sindical, 25 años de la CUT, Ámsterdam, 1978



«Aislamiento internacional a la junta», Ámsterdam, 11 de septiembre de 1982



«Boicot a la junta. No compres manzanas granny smith chilenas», 1976

Seguiré hasta que los asesinos sean castigados

Mónica Pilquil Lizama (Santiago, 1953) fue desde muy joven activista política. Su marido fue detenido en 1974 y «desaparecido». Desde 1977 a 1989 vivió en Holanda. En 1990 falleció su pareja holandesa en Santiago. Mónica sigue luchando por la verdad y la justicia.

Cuando los militares tomaron el poder yo tenía diecinueve años, pero ya era muy activa en política. Estaba en el liceo, y como mi padre, un zapatero independiente, era mapuche, me dieron una beca, uniforme y libros. Mis padres eran socialistas, y a través de mi madrina conocí a Laura Allende, que era diputada y hermana de Salvador. Durante la Unidad Popular yo era una de las pocas militantes del FER (Frente de Estudiantes Revolucionarios) en mi liceo. Ayudábamos en la toma de terrenos y en la distribución de alimentos cuando las empresas de transporte hicieron huelga. Tenía a mi mando a un grupo de jóvenes que peleaban con cadenas contra los grupos de matones fascistas. En una de esas actividades conocí a Ismael Darío Chávez Lobos. Fue amor a primera vista. Él estudiaba teatro y era jefe de un grupo político-militar del MIR.

Después del golpe de Estado, un compañero de derecha del liceo me gritó: «¡Comunista, te vamos a matar!» Yo le respondí: «Si quieres, hazlo ahora. ¿Crees que estoy sola?» En casa quemamos libros y documentos, y en mi calle podías ver salir humo de las chimeneas de casi todas las casas. Mi casa fue allanada y se llevaron a mi

hermana unos días. Inmediatamente después del 11 de septiembre, la escuela de teatro de Ismael cerró porque allí estudiaban muchos miristas.

Nos casamos a principios de 1974 y trabajamos juntos en propaganda clandestina. Yo con una panza cada vez más grande dibujaba e Ismael tipeaba los textos sentado sobre el inodoro, porque desde allí no se escuchaba fuera. Pero un día quise terminar con aquello: «Soy un estorbo para ustedes, porque si me detienen y me torturan, podría perder a mi hijo o podría hablar». A fines de junio nació Juan Carlos. Un mes después, el 26 de julio de 1974 por la noche, tres hombres desconocidos se llevaron a Ismael de la casa de mis padres. Nunca más lo volví a ver.

En la búsqueda de mi amor me contacté con otros familiares de desaparecidos y con la Vicaría de la Solidaridad, la organización de derechos humanos de la iglesia católica. Mis esfuerzos no tuvieron resultados. Pertenecía a un grupo de familiares de desaparecidos activo en la resistencia. Cuando uno de los esposos de una compañera fue detenido, me advirtieron: «Mónica, ándate, tienen todos los nombres, está muy peligroso».

Me gritó:
«¡Comunista,
te vamos a
matar!»

En 1977 partí a Holanda con Juan Carlos, que entonces tenía tres años. Llegamos a casa de mi hermana, que vivía en el Bijlmer (un barrio a las afueras de Ámsterdam). Unos días más tarde fui junto a representantes de partidos chilenos a visitar al ministro Van der Stoel, de Relaciones Exteriores. Le conté de las desapariciones y la resistencia de los familiares, y él mostró mucho interés. Después de un año nos dieron una vivienda independiente. Nuestro vecino, un comunista holandés, al principio nos trataba de un modo racista y discriminante, pero después de que él y su esposa nos conocieron, adoraban a Juan Carlos. Este «abuelo Brouwer» decía: «Ustedes vienen del Chile de Pinochet: no son como esos otros extranjeros: ustedes son refugiados políticos».

Viajé por todo el país dando mi testimonio, y trabajé en organizaciones con familiares de los desaparecidos y en organizaciones de mujeres. En una de esas oportunidades conocí a Vincent Floor, que había estado en Chile en 1980. Él vivía con algunos chilenos en un edificio okupa en Ámsterdam. Al principio yo era reacia a tener una relación, porque estaba convencida de que Ismael aún estaba vivo, pero al final terminamos casados. En 1982 Vincent quería ir a Chile: «¿Vienes?» Pero yo lo encontraba muy peligroso todavía. Entonces él se fue con Juan Carlos, que tenía ocho años. Visitaron a mis padres, que habían estado en Holanda poco antes.

Cuando Vincent volvió, comencé la carrera de estudios latinoamericanos en la academia social De Horst, en Driebergen, que fue de mucha importancia para mi desarrollo. En 1983, por las grandes protestas que comenzaban en Chile, el país se abrió más, y entonces pude venir, de 1984 a 1985, a hacer mi práctica profesional en la Vicaría de la Solidaridad en Santiago. Vincent y Juan Carlos vinieron conmigo, y Paul nació allí. Mi tarea era acompañar a personas con algún familiar que hubiera «desaparecido» recientemente. Participábamos en actividades y protestas. La primera vez estaba muerta de miedo. Vincent tomaba fotos.

A principios de 1989, poco después del plebiscito del No, partimos definitivamente a Chile con nuestro hijo menor, Martin, de cinco meses. Compramos una panadería que funcionaba bien en el barrio santiaguino de Pudahuel, y seguimos luchando por la verdad y la justicia.

El 12 de febrero de 1990 salimos por la noche a comer algo al centro. En el camino de vuelta un vehículo chocó contra el taxi que nos traía. Vincent falleció y yo quedé gravemente herida e inconsciente. Soñé que Ismael llegaba y me abrazaba, por lo que al despertar me sentía tranquila. Mi esposo desaparecido me daba fuerzas cuando me decían que Vincent había muerto. Vincent está sepultado en Chile, donde pertenece.

Mi hijo Juan Carlos sentía en ese lugar la presencia de su padre

Sola y con niños pequeños supe mantener funcionando la panadería durante ocho años más. Después ya no resultó. Todos estos años me he mantenido activa trabajando con la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, entre otras cosas en su grupo folclórico y en otras organizaciones de derechos humanos.

Ahora ya sabemos algo más de lo que pudo haber sucedido a Ismael, porque un expreso del centro de detención y tortura Londres 38, en Santiago, dijo que Ismael estuvo allí. Después de eso, hemos luchado durante muchos años para que Londres 38 fuera reconocido como un centro de memoria histórico, y finalmente nos resultó. Mi hijo Juan Carlos sentía en ese lugar la presencia de su padre. Hace poco apareció una lista de detenidos en la Colonia Dignidad, la conocida y misteriosa colonia agrícola alemana en el sur de Chile, que durante la dictadura sirvió de centro de tortura. Ismael aparece en esa lista. Al parecer lo llevaron allá después de Londres 38. Hasta el día de hoy trato de que los asesinos y torturadores sean castigados, y aunque no es sencillo, yo no abandono esta lucha.

También me he comprometido con la lucha de los mapuche por la recuperación de sus tierras. Siempre me he sentido más mapuche que chilena. También Juan Carlos trabaja activamente en el movimiento mapuche, mientras que Paul, como dirigente de la CONFECH jugó un rol importante en las grandes protestas de los estudiantes

de los últimos años. También Martin participa en esas protestas.

Nunca volví a Holanda. No era posible con los niños y la mínima pensión que recibo por ser víctima directa de la dictadura. Me gustaría mucho poder ir algún día. Mi suegro falleció allá en 2004. Yo estaba soñando con él cuando murió. Para los mapuche los sueños son muy importantes.



Partida a Holanda con Juan Carlos, aeropuerto de Santiago, 1977



Mónica con Juan Carlos, Paul, Vincent y los padres de éste en 1986

La peor opulencia de Putin y Berlusconi con un toque de Irán

Cuando la madre de **Rodrigo Fernández** (Eindhoven, 1975) tuvo que huir en 1973, su familia la siguió a Holanda. Rodrigo trabajó durante años en grupos activistas y en la política local, pero ahora es principalmente un científico comprometido.

Mi madre, Marisa Carmona, se vio obligada a huir en 1973. Su madre, mi padre y mi hermano mayor la siguieron a través de España y Argentina. Mi madre era arquitecta y ayudaba en las tomas de terrenos que se hacían en torno a Valparaíso para la construcción de viviendas. Ella se encargaba del alcantarillado, del agua y de la electricidad. Después del golpe de Estado su nombre aparecía en la lista de personas buscadas, y la embajada holandesa la ayudó a salir. Ya había estado antes en Holanda y la gente de la Universidad Técnica de Eindhoven la invitó a trabajar con ellos. Después nos cambiamos a Delft, porque consiguió otro trabajo en la Universidad Técnica de allí.

Mi padre era ingeniero agrícola, trabajaba con los campesinos pobres y los ayudaba a organizarse, pero él no tenía que irse necesariamente. Después de su partida de Chile trabajó más que nada en África, por lo cual no formó verdaderamente parte de nuestra familia. Mi abuela nos cuidaba la mitad del año a mi hermano mayor, a mí, y después también a mi hermano menor. Tenía una relación muy buena con ella.

Yo tenía ocho años cuando fuimos por primera vez a Chile. Desde entonces fuimos más seguido. Esas visitas me han dejado una enorme rabia contra los chilenos uniformados, y todavía la siento.

En 2012 estuve en Chile por primera vez durante un largo periodo, por mi trabajo. Hice un estudio sobre los fondos de pensiones. En 1981 Pinochet introdujo un sistema que fue considerado durante mucho tiempo un ejemplo por muchos, como el Banco Mundial. Hoy en día es sobre todo un ejemplo de cómo no hay que hacer las cosas.

Que haya elegido estudiar ciencias políticas seguramente tiene que ver con mi historia. En la Universidad de Ámsterdam recibí clases de Alex Fernández Jilberto y André Gunder Frank, que habían escapado de Chile, y publicado mucho sobre América Latina. Me interesaban mucho las relaciones internacionales y la economía política, y ya desde joven participaba en actividades políticas en torno a los zapatistas, Colombia y la problemática de la deuda externa de los países en desarrollo.

La rabia
contra los
chilenos
uniformados
todavía la
siento

En Ámsterdam he ocupado casas, y trabajé en la organización Milieudéfensie (Defensa del Medio Ambiente). Estuve ocho años en el consejo municipal de Ámsterdam Centro, representando a Amsterdam Anders/de Groenen (partido local: Ámsterdam Distinto/los Verdes). Lo hice con placer, pero no es sano hacerlo por mucho tiempo. Incluso la gente inteligente y bien intencionada se dedica después de un tiempo sobre todo a jueguitos políticos y maniobras, y ya no al contenido. Eso es muy frustrante. En la universidad hay muchas más cosas interesantes que hacer, allí no tengo que limitarme a lo que determina la línea de un partido. Después de haber trabajado seis años y medio en la Universidad de Ámsterdam, ahora lo hago desde 2013 en la Universidad de Lovaina, así es que me la paso viajando entre Holanda y Bélgica.

Mi padre falleció en octubre de 2008 en Chile, después de haber estado enfermo algunos años de cáncer. Durante ese período estuve yendo y viniendo entre Chile y Holanda con mis padres y hermanos continuamente. En ese tiempo estaba haciendo el doctorado, por lo que podía pasar largos periodos fuera de Holanda sin muchas complicaciones.

Tenemos una casa en Santiago, que la siento ciertamente como mi casa. Mi madre vive allí gran parte del año desde que jubiló. En Chile tengo muchos familiares, con los cuales afianzo cada vez más las relaciones, pero tengo

más amigos holandeses que chilenos. Para ser holandés hablo bastante bien castellano, pero en Chile por mi acento me ven de inmediato como «extranjero». En la casa hablábamos esa lengua, pero mi madre nunca corrigió el estilo arcaico de su madre y nunca aprendí a escribirlo bien. Mi inglés es mejor y el holandés es mi lengua materna.

Después de todos esos años mi madre aún habla mal holandés. Se siente unida a Holanda y tiene muchos amigos holandeses, pero como siempre trabajó en universidades, se las pudo arreglar perfectamente con el inglés. Si bien en Holanda ella lee principalmente diarios chilenos, en Chile encuentras de *Volkscrant* (diario holandés) sobre la mesa.

Voy regularmente a Chile y tengo contactos con periodistas y científicos de allá, pero no me gustaría vivir en Chile de forma permanente. Para mí el Chile actual es una combinación de la peor opulencia de Putin y Berlusconi con un toque de Irán. La organización católica conservadora Opus Dei juega un rol enorme en la opinión pública y tiene un poder político increíble. En ese sentido encuentro que Chile es un país algo atrasado.

En los últimos cinco años ha comenzado a cambiar mucho gracias a las protestas estudiantiles. Hay un tipo de revolución cultural, una mezcla entre 1968 y el movimiento punk. Esos cambios son muy positivos, pero las estructuras económicas y políticas dominantes son



La madre de Rodrigo y sus empanadas en la Universidad Técnica de Eindhoven, 1971

Rodrigo bebé

Rodrigo con su padre en (la ciudad en miniatura de) Madurodam (pág. anterior)

muy firmes. Todo es mercado, un grupo pequeño de oligarcas tiene todo en sus manos. Chile vive de dinero prestado, y se ha creado una enorme burbuja, igual a la que conocimos en Holanda en los años noventa, antes de la crisis financiera de 2008. Quizás se vea todo muy bonito ahora, pero dentro de un par de años puede ser muy distinto.

Tengo mucho respeto por algunos académicos chilenos, que publican análisis excelentes. No es fácil conseguir financiamiento para investigación, y la sociedad chilena está fuertemente polarizada: según lo que digas, se te ubicará inmediatamente en un campo determinado.

Me gusta contribuir con mi granito de arena en la construcción de una sociedad mejor, pero no tiene por qué ser necesariamente Chile. Puedo hacer mi aporte a través de SOMO (Fundación para la Investigación sobre Empresas Multinacionales), una organización



holandesa muy comprometida con los acontecimientos en Chile y otros países de América Latina. En esta organización investigo sobre la evasión de impuestos y organizo debates políticos, que llevan el nombre de «Real World Economics» (La Economía del Mundo Real). Planteamos temas de economía y los discutimos de una manera popular y ciertamente nada objetiva; queremos ofrecer una plataforma a gente con una clara visión progresista y de izquierda. Eso lo encuentro relevante. El idealismo para mí es algo natural. Mis padres no trabajaron para enriquecerse o mejorar su propia posición, y yo tampoco puedo ni quiero vivir así.

En Chile
por mi acento
me ven de
inmediato
como
«extranjero»

Desde el primer día había chilenos en mi oficina

Saskia J.

Stuiveling (1945), hasta 2015 presidenta de la Contraloría General, comenzó a relacionarse con chilenos en 1975, cuando era asistente de políticas públicas de André Van der Louw, quien en esa época era alcalde de Róterdam. Acabó comprometiéndose en cuerpo y alma con los chilenos, y adoptando el legado político de Orlando Letelier de concebir coaliciones que ayudaran a crear el nuevo Chile democrático.

Si no hubiese sido por André van der Louw, quizás no me habría involucrado tan intensamente con Chile. André, entonces presidente del Partido del Trabajo (PvdA), había viajado a Chile poco después del golpe a nombre de la Internacional Socialista para alentar a sus camaradas de partido. Quiso dejar rosas en el lugar donde se suponía que estaba enterrado Allende, pero había soldados amenazándolo con fusiles. Él igual puso las rosas, y esa imagen recorrió la comunidad chilena entera.

Por eso André van der Louw era uno de los pocos nombres que los exiliados chilenos en Holanda conocían. Y André era casualmente, desde 1974, alcalde de Róterdam, y yo era casualmente su asistente. Por tanto, desde el primer día había chilenos en mi oficina: chilenos que habían llegado a Róterdam como exiliados.

Róterdam fue uno de los municipios grandes que recibieron a exiliados chilenos. Les conseguimos viviendas, trabajo y atención sanitaria. A mi oficina pasaba a visitarme sobre todo gente que buscaba vivienda, trabajo o una escuela para sus hijos.

Lo que más me llama la atención de ese tiempo es el total desconocimiento que había del fenómeno del exilio. Todo tipo de comités de solidaridad ayudaron llenos de buenas intenciones a los chilenos. Los rotterdameses se enorgullecen de su fama de arremangarse cuando hace falta. Pero ayudaban como a ellos les hubiese gustado ser ayudados. Iban a casa de los chilenos a limpiarlas, a instalar cortinas, disponer el mobiliario, instalar cocinas. ¡Y a empapelar! A muchos exiliados no les gustaba nada la idea. Empapelar los muros iba más allá del horizonte que los chilenos tenían y que querían tener: pues su deseo era regresar cuanto antes. Algunos chilenos me contaban a veces en confianza: «Tienen muy buenas intenciones, pero no quiero que me desarmen las maletas, no quiero que empapelen». No querían ser desagradecidos, pero les dolía el alma.

Rápidamente me involucré en la creación de dos organizaciones en Róterdam: el Centro Salvador Allende (SAC) y el Instituto para el Nuevo Chile (INC). El SAC pretendía ser un ancla sociocultural para los chilenos, un lugar donde se sintieran en casa.



Kadir van Lohuizen

Allí bailábamos cueca. Después organizamos una escuela donde los niños recibían clases de geografía sobre su propio continente.

La historia del SAC tiene un lindo origen. Un día nos visitó un hombre de negocios, un libanés exiliado que se había hecho rico con una tienda libre de impuestos en el aeropuerto de Zestienhoven. Eddy Auad –que así se llamaba– nunca dejó de ser socialdemócrata, y hacía las cosas según su propia cultura: no le ofreces dinero a un alcalde políticamente afín, sino que financias algo que sea importante para él. «Señor Van der Louw, tengo una propiedad en La Haya, junto al Ministerio de Relaciones Exteriores. ¿No quiere hacer algo para los chilenos allí?» Y allí se forjaron en 1975 los planes para el SAC. David Baytelman, quien fuera subdirector de la reforma agraria durante el gobierno de Allende, daba clases entonces en el Instituto de Estudios Sociales de La Haya. Él fue miembro del consejo directivo. Yo fui asesora del consejo directivo y hacía la mayoría de los trámites. Cuando un año después el inmueble tuvo que cerrar, contábamos con un plan maravilloso. Aquello debía continuar, y así fue.

En septiembre de 1976 recibimos la visita de Orlando Letelier, ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Allende. Desde Washington estaba montando un gobierno en el exilio, y con este proyecto político viajaba por Europa visitando colegas exministros, buscando apoyo político y financiamiento. Letelier aspiraba a crear una coalición entre todos los partidos de oposición, que incluyese

también a los demócratacristianos. Un tipo de coalición así no era usual en Chile, pero sí en Europa.

Al último que visitó fue al ministro Jan Pronk, quien, al igual que la mayoría de los consultados, dio su apoyo. De vuelta a Washington, se detuvo en la Municipalidad de Róterdam para visitar a André. En esa conversación estaba yo. Letelier nos contó su plan en detalle.

Nada más volver a Washington, Letelier fue asesinado. Debido a que nosotros fuimos las últimas personas con quienes conversó sobre sus planes, nos consideramos herederos de su proyecto político. Ese plan se convirtió en el Instituto para el Nuevo Chile (INC): la herencia de Letelier. Con financiamiento de Pronk y de sus colegas extranjeros, nos establecimos en un inmueble del barrio Wijnhaven. En la planta baja se instaló el SAC y en el primer piso el INC, dos caras totalmente distintas de lo que hacíamos en relación con Chile en Róterdam.

Y ahí llegaban los políticos chilenos, como el socialista Jorge Arrate, Jorge Tapia, del Partido Radical, el demócratacristiano Otto Boye y Roberto Celedón, de la Izquierda Cristiana. A todos ellos Letelier les había pedido colaboración.

El INC era un tipo de oficina científica de los partidos en el exilio que organizaba conferencias y charlas. También, después de unos años, organizamos la escuela de verano, que era muy importante para la formación del pensamiento relativo a la democratización. A principios

Empapelar los muros iba más allá del horizonte que los chilenos tenían y querían tener

Nos consideramos herederos del proyecto político de Letelier

de los años ochenta llegaron a Róterdam unos cuatrocientos jóvenes estudiantes chilenos de toda Europa para participar en el debate social sobre Chile. Eran clases sobre constitución, formación de partidos, movimiento de mujeres... todos temas que tienen que ver con una democracia.

Después de tres años nos atrevimos a dar el salto a Sudamérica. En Mendoza, Argentina, en las faldas de los Andes podíamos usar la universidad. Los estudiantes de Chile sólo tenían que cruzar la cordillera, y quienes no podían entrar a Chile, igual estaban cerca. Llegaron a Mendoza entre ochocientos o novecientas personas que, por primera vez, podían recibir clases de intelectuales que para ellos eran verdaderos íconos.

Yo era miembro del consejo directivo del INC, y como tal tuve la posibilidad de inaugurar la primera escuela de verano en Mendoza, y lo hice con un poema, *La catita*. Relataba la historia contada en la canción de Herman van Veen –que era entonces muy popular– sobre un pájaro que sobrevoló el Muro de Berlín. Me vino esa imagen



Cuando era subsecretaria del Interior, entre André van der Louw (izquierda) y Ed van Thijn en el congreso del PvdA de 1981

naturalmente, pensando en los Andes, donde los pájaros pueden cruzar libremente las fronteras.

Todavía tengo contacto con muchos chilenos; con la familia Baytelman, que conocí a través del SAC, y con Jorge Arrate y otros del INC. Chile se convirtió en parte integrante de mi vida personal. Entre 1973 y 1998 he ido unas cinco veces, como «turista» naturalmente. Sólo en 1987 fui como miembro de una delegación que representaba a todo el parlamento holandés, como apoyo al plebiscito de 1988, que dirimiría si Pinochet seguía en el poder o lo dejaba. En esa delegación, además de parlamentarios, había representantes de ONG, del movimiento sindical y, como los chilenos no podían ir, iba yo como «chilena». Nos reíamos mucho de esto.

Estoy convencida de que con el INC hicimos un aporte a la transición a la democracia en Chile. Se veía también en la campaña del NO contra Pinochet, que se inició en Róterdam: me refiero a la ideología de las coaliciones, que se convertiría en un bien común. El proyecto de Letelier se realizó.



Soy un obsesionado del tiempo

Fernando Quilodrán (cerca de Santiago, 1936) es poeta, escritor y político. Vivió en Holanda entre 1973 y 1985. Todavía es miembro de la dirección del Partido Comunista y jefe de redacción del periódico del partido.

De Holanda me maravilló la pintura. Y su historia: su importante papel como refugio para personas con ideas diferentes es impresionante. Espero que esa tolerancia y apertura siga, porque he escuchado malas noticias sobre eso.

Me apasiona la literatura y comencé ya joven a escribir versos. En Buenos Aires disfruté enormemente los años sesenta. Allí trabajé y estudié filosofía y letras. Buenos Aires era una maravilla: tango, buenas películas, teatro... todo lo que pasaba en Europa y Estados Unidos lo encontrabas allí. Santiago era en comparación una ciudad provinciana. Leía literatura marxista, pero también a Sartre y novelas francesas del siglo diecinueve, Heidegger, y Freud, por supuesto. Me sumergía en debates sobre economía y era adicto a la vida cultural e intelectual.

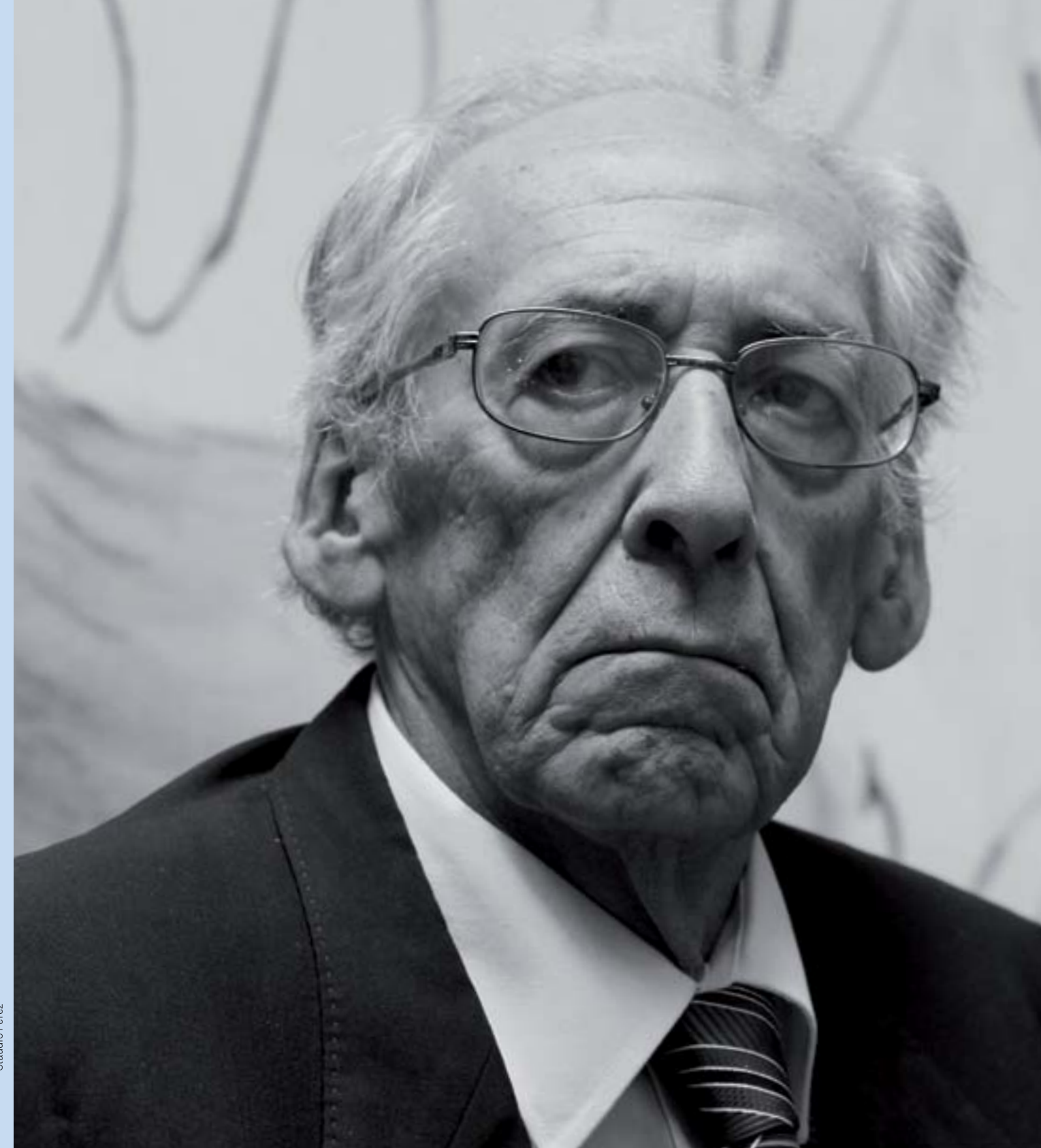
Ingresé al Partido Comunista (PC) ya antes de los veinte años. Durante el gobierno de Allende trabajé para una empresa estatal de seguros, y fui dirigente sindical en el sector cultural. Una nueva editorial, Quimantú, que distribuía libros y revistas a gran escala, mejoró el ambiente cultural. Esta editorial publicó en 1973 mi primera colección de poemas. La música, la

danza y el teatro empezaron a recibir más apoyo del gobierno. Allende no habría podido ganar en 1970 sin el gran apoyo de conjuntos musicales como Quilapayún e Inti-Illimani, de pintores muralistas, escritores y actores.

Después del golpe de Estado, me despidieron y mi vida empezó a correr peligro. El agregado cultural francés me puso en contacto con la embajada holandesa. A fines de octubre llegaba a Holanda, a través de su embajada. Fui uno de los siete primeros chilenos.

Allí fui bien recibido en todos los sentidos, también por el departamento holandés del PEN Club Internacional, la asociación internacional de escritores. Como jefe del PC en Holanda viajé por todo el país. Tuvimos la oportunidad de trabajar con un amplio movimiento holandés de solidaridad, en el cual también participaban demócratacristianos. Durante muchos años viví de la ayuda social, pero los últimos tres años tuve un trabajo como asistente para clases de conversación en la carrera de Español de la Universidad de Ámsterdam.

Tenía poco contacto con holandeses y hablaba sólo un poco de holandés.



Claudio Pérez

Era adicto a la vida cultural e intelectual

Elegí el francés, un idioma más fácil para los chilenos. Cuando titubeaba en un supermercado, el personal trataba de ayudarme en inglés, pero tampoco lo hablaba. Pude sobrevivir esos doce años en Holanda, me las arreglé.

Me adapté de otra manera, como ferviente visitante de museos. Afortunadamente viví un tiempo cerca del Rijksmuseum (Museo Nacional de Ámsterdam), pero también disfruté del museo Mauritshuis, en La Haya, y del Kröller-Muller, en Otterlo. Me traje de Holanda dos mil diapositivas de arte.

Muchos chilenos no estaban acostumbrados a vivir en una cultura que mostraba aspectos más desarrollados. Obreros y campesinos que en Chile apenas sí disfrutaban de alguna comodidad, llegaron a vivir a casas con todos los servicios básicos. Recuerdo que una vez pasé frente a una iglesia en Dordrecht. Iba con un obrero del sur de Chile, y le dije: «¿Entramos a esta maravillosa iglesia?» Y él reaccionó diciendo: «¡Cómo se te ocurre, a una iglesia!».

En Holanda publiqué una colección de poemas y dos novelas. Mi poesía se hizo más política. Insultaba a Pinochet y reflexionaba sobre la vida en el exilio. Quería servir a la lucha política con mi trabajo, pero mis compañeros del partido, cuando leyeron mi primera novela, dijeron: «¿Por qué no escribes algo para nosotros?» La encontraban elitista, no trataba los problemas cotidianos de los obreros.

Después de las grandes protestas contra Pinochet que tuvieron lugar desde 1983, Chile se abrió más. Me vine cuando en 1985 me sacaron de la lista negra. Yo siempre había dicho que quien pudiera regresar debía hacerlo. Además no tenía que tener en cuenta a ningún familiar, pues estaba solo.

Cuando llegué a Chile tenía mucho miedo. Durante años mantuve que una dictadura cruel mataba a la gente en la calle. La realidad era distinta: es verdad que existía terror y miedo, pero la gente se atrevía a protestar en masa.

Inmediatamente me incorporé de nuevo a la Asociación de escritores de Chile y al Partido Comunista. Un empleo pagado era imposible de encontrar, por eso comencé a trabajar para el partido a cambio de una pequeña subvención. Entre 1989 y 1991 fui enviado a Moscú para el programa de radio «Escucha Chile». Con la subvención del partido y algunos artículos en periódicos pude sobrevivir, y ahora recibo de Holanda también una pequeña pensión por vejez (AOW). Durante un tiempo fui presidente de la asociación de escritores, y aún sigo siendo miembro del Comité Central del partido y jefe de redacción de nuestro semanario *El Siglo*.

Desde que volví, publiqué algunas colecciones de poemas y una colección de cuentos. Mi trabajo aún es una mezcla de temas sociales y existenciales. Mi último libro se titula *Averiguación del tiempo*. Soy un obsesionado del tiempo. El tiempo

Pude sobrevivir esos doce años en Holanda

existe pero no sabes de dónde viene y a dónde va. Todo es temporal, pero nosotros mismos formamos el tiempo, el tiempo existe sólo porque yo existo.

Todavía tengo de vez en cuando contacto con holandeses y con chilenos que viven en Holanda, y he estado un par de veces de paso por Holanda. Los holandeses se mostraban preocupados por la disminución de la solidaridad, la descomposición del estado de bienestar y la manera en que los refugiados son recibidos actualmente.

Por la dictadura ha habido tantos muertos, tantos desaparecidos, exiliados y silenciados que se ha producido un quiebre en la memoria. El traspaso de experiencias se detuvo y la tradición sindical se interrumpió. Hay muchos más estudiantes ahora, pero la educación ha empeorado. Muchos no recuerdan quiénes son y sufren una pérdida de identidad. Los obreros dicen que son clase media. Eso es absurdo; si alguien piensa que pertenece a otra clase, no lucha por su clase.

La prensa escrita actual está casi totalmente en manos de dos grupos de derecha. Si enviamos *El Siglo* a los kioscos de provincias, el grupo al que pertenece *La Tercera* les dice: «Si venden *El Siglo*, retiramos nuestro diario y nuestras revistas». Y el dueño del kiosco tiene que optar por *La Tercera*.

Por suerte el movimiento estudiantil ha despertado al país. Los estudiantes exigen que el Estado se haga

responsable de la educación. Y eso sin duda te da una razón para ser optimista.

Fernando (derecha) a la llegada a Holanda con el primer grupo de «chilenos de la embajada», 25 de octubre de 1973



Fernando (derecha) con Hortensia Bussi, viuda de Allende, y el alcalde Polak, de Ámsterdam, en el monumento a Allende, en torno a 1980





1



3

4



2



5



6

1 / «Kata» Núñez, El Trotamundos, Róterdam 2007

2 / «Kata» frente a El Trotamundos, 2007

3 / Patricio Madera, Centro de América Latina, Ámsterdam, en torno a 1980

4 / «Kata» Núñez, Allende, Róterdam 1998

5 / Juan Heinsohn y Kata Núñez, La Paloma, Zuidplein, Róterdam, 2007

6 / «Kata» Núñez, Róterdam 1998

La solidaridad internacional la llevo en la sangre

Lonneke Lemaire (1949) fundó en 1975 el Comité de Solidaridad con Chile del barrio amsterdamés del Bijlmermeer. Su vida entonces estaba imbuida de Chile. Actualmente sigue comprometida con los refugiados, desde la Platform Stop Racisme en Uitsluiting (Plataforma Basta de Racismo y Exclusión).

En septiembre de 1974, un año después del golpe de Pinochet, diez mil holandeses se reunían para manifestarse contra la dictadura. Yo entre ellos. Por una calle lateral vi venir a otro grupo de manifestantes: exiliados chilenos. Ellos protestaban de manera muy diferente a nosotros: caminaban gritando, y lo hacían rápido, con el mismo paso, bien organizados. Enseguida el grupo de hombres –no recuerdo que hubiera muchas mujeres entonces– se unió a nuestra marcha, de manera que formamos una gran marcha. Se me hizo un nudo en la garganta. Ese fue el momento en que pensé: tengo que hacer algo.

Antes de eso no tenía relación con Chile. Era activista política, pero más a nivel local. Por supuesto que marché en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, pero Chile era distinto. Se trataba de un golpe de Estado contra un gobierno democráticamente elegido: ¡increíble! Todo el mundo estaba impresionado. Alrededor de un año después de la marcha de 1974 fundé el Comité de Solidaridad con Chile del Bijlmermeer. Yo vivía en este barrio y pertenecía a una red de activistas políticos. El Bijlmer era un barrio muy solidario, con gente de muy distintas

nacionalidades, y adonde después del golpe también llegaron a vivir muchos chilenos. Durante mucho tiempo recaudamos dinero para la Unidad Popular, que lo necesitaba para la resistencia. Hacíamos colectas puerta a puerta en cada edificio del Bijlmer, logrando finalmente reunir miles de florines para los chilenos, y en colaboración con ellos.

En ese tiempo conocí al que sería luego mi esposo. A él lo había «invitado» a venir el gobierno holandés como refugiado político. Nos casamos en mayo de 1976. En esos años mi vida estaba imbuida de Chile. Las reuniones del comité se hacían en mi casa, y alojábamos a familias chilenas hasta que conseguían su propio departamento. A veces éramos hasta diez personas en la cocina, todo el día haciendo empanadas para venderlas en alguna de las muchas peñas que organizábamos. Yo llevaba una vida chilena.

A principios de los años noventa hubo muchos cambios. En Chile por fin había terminado la época de Pinochet, después de lo cual muchos chilenos retornaron a su patria. También en mi vida personal sucedieron muchas

Se trataba de un golpe de Estado contra un gobierno democráticamente elegido

cosas. Mi esposo y yo nos separamos. Entretanto yo era madre de dos hijos y me había mudado a otro barrio. En ese mismo tiempo falleció mi padre, a quien yo quería mucho. Además el CPN (Partido Comunista de Holanda), en el que yo militaba, se disolvía lentamente. Sufrí de estrés durante medio año, que me inhabilitó para trabajar. Y llegó un momento en que tocaba hacer algo distinto.

Mi pasado con Chile quedó atrás, pero no he perdido mi compromiso. Vengo de una familia de dos personas que sobrevivieron a los campos de concentración de los japoneses. Por eso desde pequeña me he sentido comprometida con la tragedia de las personas que han estado en campos de concentración. Ahí comenzó todo. La solidaridad internacional la llevo en la sangre, no lo puedo evitar, debo vivir con ella. Es como dijo el columnista holandés Jan Mulder: sólo es casualidad que hayamos nacido aquí y no hayamos tenido que ver con guerras ni violaciones, que es desgraciadamente la suerte de muchas personas a lo largo de todo el planeta.

Desde ese convencimiento, hace cuatro años cofundé la Plataforma Basta de Racismo y Exclusión. El racismo se está agravando, no sólo en nuestro país, sino en toda Europa. En la plataforma organizamos actividades contra cualquier forma de racismo, como la islamofobia y el antisemitismo. A través de la plataforma me he involucrado de nuevo personalmente con refugiados,

como los de la *Vluchtkerk* (Iglesia del Refugio) de Ámsterdam. Con esto denunciamos la inhumana política de asilo holandesa. Yo sigo creyendo que si junto con muchas otras personas de la lucha, puedes presionar a los políticos y finalmente cambiar algo de verdad.

Por tanto, todavía soy activista política. Me asombra que muchos de los holandeses de mi generación, con los que trabajé en la época chilena en el Bijlmer, se hayan adormecido tanto. No lo entiendo. Las razones más importantes por las cuales la gente abandona la lucha creo que son la desilusión y el cansancio, la idea de que «igual no tiene sentido». Por supuesto que a veces siento lo mismo, pero de ahí a renunciar... No, no puedes hacer eso, hay que luchar contra el cinismo.

Si miro cómo se trataba entonces y cómo se trata ahora a los refugiados en Holanda, la diferencia es realmente dramática. En los años setenta a los chilenos les entregaban departamentos completamente amueblados. Además el gobierno les ofrecía empleos temporales, creados especialmente para refugiados, de manera que pudieran acceder al mercado laboral regular. El refugiado de hoy en día no recibe ese apoyo estatal; ya no tiene derechos. Los solicitantes de asilo rechazados viven al margen de nuestra sociedad, sin acceso a la salud o a la educación. Pueden ser encarcelados arbitrariamente y en cualquier momento.

Mi vida estaba imbuida de Chile

Está claro que La Haya (sede del gobierno holandés) aplica una política de asilo extremadamente dura, pero también veo otras cosas. En la Iglesia del Refugio me he encontrado con personas que día tras día se acercan a llevar alimento, chaquetas y ropa de abrigo. Y en la época en que se instaló el campamento de Osdorp (un barrio de Ámsterdam) para los asilados rechazados, los vecinos iban a expresar su solidaridad y llevarles cosas. Creo que existe una imagen totalmente equivocada de cómo piensan los holandeses sobre los extranjeros. Para los ciudadanos corrientes, los refugiados son tan bienvenidos como eran antes los chilenos. No me identifico en absoluto con la política actual, con el populismo y racismo de extrema derecha del político holandés Wilders. Al contrario, no hago más que intentar combatirlos. Si miro al futuro, me invade una gran preocupación. Nos queda un largo y duro camino por recorrer. Yo no creo que vaya a parar hasta que esté en el ataúd.



Discurso en una manifestación por Chile a fines de los setenta



Lonneke con miembros del Comité de Solidaridad con Chile del Bijlmer



Cuando decía que era chileno, la gente era muy amable

Luis Romero Lagos (Chillán, 1944) vivió desde 1977 a 1995 en Holanda. Trabajó en el Comité de Solidaridad con Chile de Wageningen. Siguió entrenamiento militar en Cuba. En Chile ahora es activista de derechos humanos. Sus hijos se quedaron en Holanda.

En Chillán yo fui el primer obrero que ingresó al MIR. Fue en 1965. Al principio hablaba el resto, los estudiantes, y yo escuchaba, pero cuando se trataba de la práctica de la revolución cubana, también podía participar. Estaba en un grupo que apoyaba con armas la ocupación de las tierras de los terratenientes.

Yo trabajaba de jardinero en la municipalidad. Me casé en 1969 con Eliana y fuimos padres, pero por mi actividad política pasaba poco tiempo en casa. Me conseguí un certificado médico para presentar en el trabajo. Mi esposa no estaba al tanto de lo que yo hacía y creía que tenía otra mujer, pero yo estaba en la lucha.

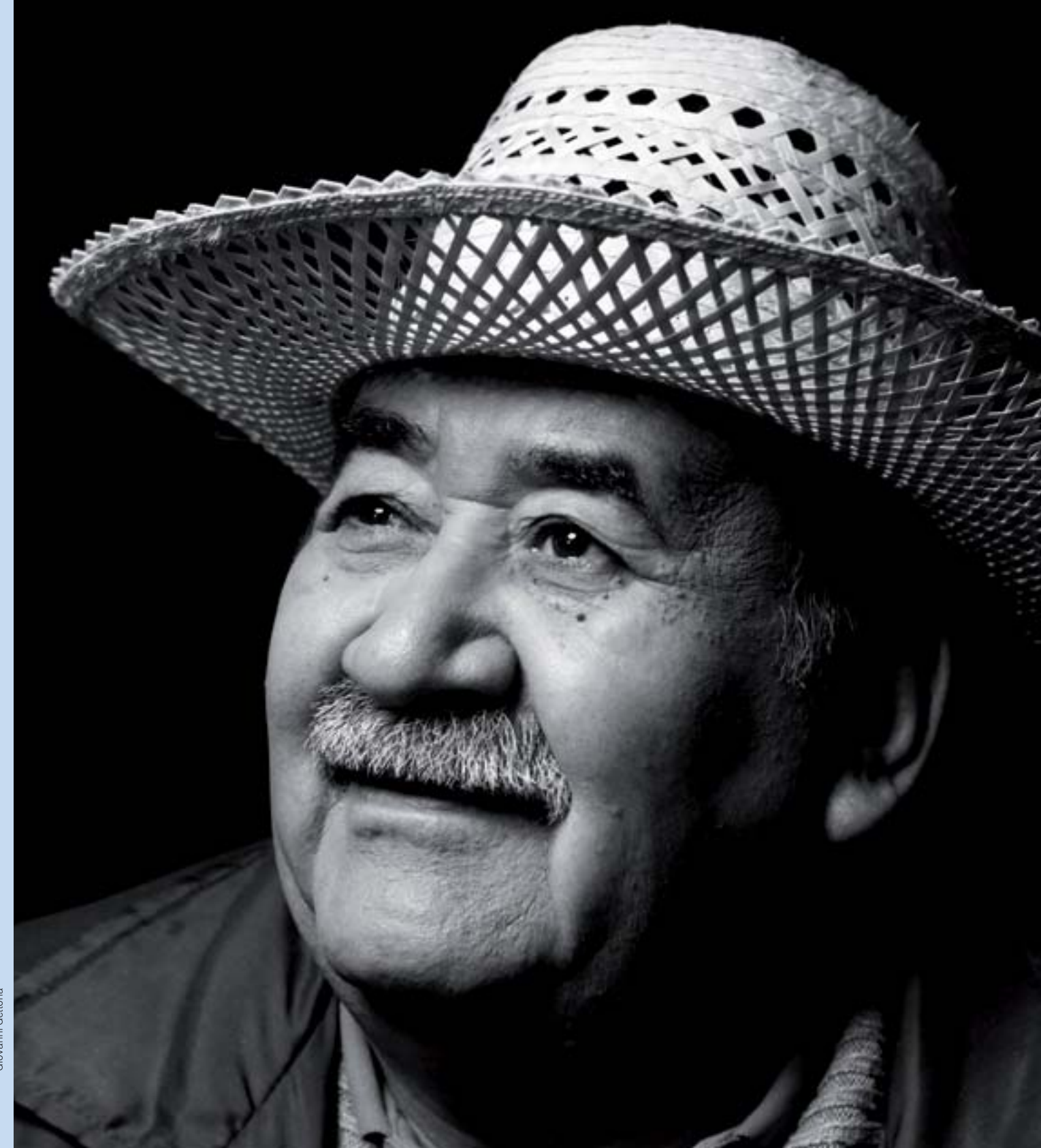
El golpe de Estado se veía venir y nosotros pensábamos que Allende debía armar al pueblo, pero no lo hizo. Si lo hubiese hecho, quizás una parte de las Fuerzas Armadas habría elegido estar al lado del pueblo y la resistencia habría tenido más posibilidad de vencer.

Unos días después del golpe partimos quince compañeros desde Chillán a la cordillera para formar un grupo de resistencia. En una balacera, la policía mató a dos de nosotros. Después de

eso, unos campesinos que habían sido atemorizados por la policía detuvieron a mi hermano José, de 22 años, y a otro compañero y los entregaron. La policía los mató e hizo desaparecer sus cuerpos.

Cuando regresamos a Chillán, fui detenido en el trabajo después de que primero hubieran asesinado a cuatro de nosotros. Yo era el sexto al que arrestaban, del grupo de quince. Y me torturaron, pero tuve la suerte de que nadie en la sala de torturas mencionó que yo era el líder del grupo militar. Esa información no se había filtrado; y aunque me habían detenido, el tribunal militar condenó a Rogelio (mi alias político) en ausencia. Me condenaron como Luis Romero: primero a veinte años, y, después de una apelación, a cinco.

Después Holanda nos invitó y vinimos toda la familia, a fines de 1977. Primero fuimos al centro de acogida oficial, en Putten (municipio en el centro de Holanda). El centro de acogida informal era en casa de la familia Langedijk. Allí llegaban más chilenos, era muy acogedor, y hacíamos música. Nunca perdí el contacto con esta familia tan especial.



Giovanni Gallona

En Wageningen, la ciudad donde vivíamos, los holandeses nos trataban con muchísima simpatía. Yo parezco un poco turco, pero cuando decía que era chileno, la gente era muy amable, al contrario que con los turcos. En Wageningen ya había un Comité de Solidaridad con Chile de antes del golpe. En mi época el comité era mitad chileno mitad holandés, y todos los chilenos eran del MIR.

El MIR implementó a fines de los años setenta una política de retorno: los exiliados eran entrenados en Cuba para luego ejecutar en Chile la lucha armada. Yo llegué a principios de 1979 a Cuba y me quedé dos años y medio. Pero finalmente no me fui a Chile, porque consideré que la guerrilla desde la montaña no tenía sentido ni posibilidades. En Chile mataron a quince compañeros, de los cuales un par venía de Holanda. En 1986 me retiré del partido, cuando éste se dividió. Éramos a esas alturas tan pocos que no podríamos lograr absolutamente nada.

Eliana nunca me dijo: «No vayas». Tuve mucha suerte con ella: me esperó cuando estuve preso, se fue conmigo a Holanda. Y cuando, al cabo de dieciocho meses, yo partí de nuevo, ella se quedó en Holanda con tres niños. Me esperó, mientras que otras mujeres iniciaban otras relaciones en esas circunstancias. Nuestra relación terminó en 1993, pero seguimos siendo buenos amigos.

Cuando volví de Cuba seguí cursos de soldadura, trabajo en metal y carpintería, pero no pude encontrar trabajo. En Holanda solo trabajé tres

años con sueldo, en una imprenta y en una fábrica de quesos. Ocupaba la mayor parte de mi tiempo en actividades de solidaridad, como la colecta anual cuyos fondos se destinaban a la resistencia chilena, y a organizaciones de derechos humanos y de mujeres. Organizamos durante ocho años consecutivos el Festival Latinoamericano de Wageningen, con música, baile y debate político. Los Jaivas y el cantante uruguayo Daniel Viglietti actuaron en el festival.

Nunca tuve dudas de si regresaría o no a Chile, y en 1995 me vine definitivamente. Había cumplido recién cincuenta años, por lo que tenía derecho a una pequeña pensión holandesa. Eliana se había venido un año antes. Me siento bien en Chile, pero para ella es más difícil que los niños y los nietos se hayan quedado en Holanda. Yo no he pensado mucho en eso. El menor de nuestros tres hijos tenía diecinueve años en 1994. Los padres deben enseñar a volar a sus hijos: cuando han aprendido, los padres han cumplido con su deber. Más tarde supimos que el menor pasó por dificultades. Después de 1995 he estado tres veces en Holanda, siempre con Eliana. Los hijos nos han pagado el pasaje. Ellos vienen cada tres o cuatro años a Chile.

En Chillán me fui a vivir a una casita en el jardín de la casa de mis padres. Por mi pasado político no pude encontrar trabajo, y no tenía dinero para instalar algún pequeño negocio. Me incorporé a un grupo de ex presos políticos y a un grupo de familiares de desaparecidos.

Aunque me habían detenido, el tribunal militar condenó a Rogelio (mi alias político) en ausencia



He mirado a los torturadores a los ojos, pero ninguno ha sido condenado

Hace más o menos diez años formé, con otros ex miristas, un Comité de Verdad y Justicia. Hemos podido aclarar muchos delitos y llevado a los responsables ante la justicia. He mirado a los torturadores a los ojos en los procesos, pero finalmente ninguno ha sido condenado. Hacemos exposiciones con fotos de los asesinos y torturadores, hacemos murales y organizamos dos veces al año una conmemoración. Hemos puesto monumentos conmemorativos en cinco lugares, también donde asesinaron a mi hermano. Durante los últimos años he estado escribiendo mi historia de vida, que será publicada en breve con el título

de *El día que soltaron a las bestias. Cuentos de un militante del MIR.*

En otros países latinoamericanos, como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina, Uruguay y Brasil, soplan vientos de cambios. Chile está atrasado; es el país más anclado al modelo neoliberal. Soy bastante pesimista con respecto a las posibilidades de un cambio profundo en Chile. La situación es completamente distinta a cuarenta años atrás; la lucha de clases ya no es tan abierta. Los trabajadores están más interesados en consumir que en luchar. Aquí ya no puedes lograr nada con la lucha armada.

Partida de la familia a Holanda, aeropuerto de Santiago, 1977

Con la familia con trajes típicos de Volendam

En conmemoración a los combatientes caídos, Chillán, 2003

No soy ni de izquierda ni de derecha, soy mapuche

Rosario Railaf Zúñiga (Lautaro, 1965) proviene de una influyente familia mapuche. Su padre estuvo preso casi tres años. En 1977 escapó con sus padres a Holanda. Desde pequeña Rosario ha estado involucrada en la lucha de los mapuches.

Mi familia tenía un importante rol en la comunidad mapuche del sur de Chile. Los mapuches son los habitantes originarios de Chile. Mi abuelo era lonco, jefe de tribu, del clan Railaf. Por eso mi familia era muy respetada, aunque a pesar de ello éramos pobres. Dependíamos de la agricultura, y por eso tuve que aprender desde joven a usar mis instintos para poder sobrevivir. A veces iba al bosque a cazar conejos o pájaros o recolectar frutas.

Cuando Allende llegó al poder, les dio nueva esperanza a los mapuches al devolverles la tierra, que durante muchos años había sido ocupada por terratenientes. Mis padres nos contaron que de nuevo teníamos oportunidad de un futuro. Fui al colegio, mi madre trabajaba la tierra y recibía clases de trabajos manuales, y mi padre era dirigente del Campamento Lautaro, una organización asociada al Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR). Eran tiempos felices.

Después del golpe de Estado cambió todo: mi vida se transformó en una pesadilla. Yo sólo tenía siete años cuando el 11 de septiembre de 1973 ingresaron camiones con soldados a mi pueblo. Echaron abajo la puerta de mi

casa y entraron. Los niños se encerraron en el cobertizo, pero nuestros padres, tíos y tías fueron torturados. Los oíamos gritar; yo no podía dejar de llorar. Tenía a mi hermana pequeña apretada contra mí y trataba de mantenerme fuerte, pero me sentía impotente.

Mi padre se refugió en la clandestinidad. Los militares nos presionaban para que les dijéramos dónde estaba, porque era visto como un peligro para el Estado. Sabían que teníamos hambre y trataban de comprarnos con alimentos, pero nosotros no hablábamos. El terreno donde vivíamos fue devuelto a los terratenientes, y el terreno donde teníamos que ir a vivir era estéril. La pobreza se hizo cada vez peor. Entretanto los militares maltrataban a mi familia y asesinaban a nuestros animales. Esto duró como un año, pero se sintió como una eternidad.

Un día mi padre fue detenido. Nosotros no sabíamos dónde estaba. Mi madre recorrió todas las cárceles para encontrarlo. Yo me quedaba en la casa para cuidar a mis dos hermanos pequeños y a mi hermana, que era un bebé. Cocinaba, lavaba y hacía todo lo que tiene que hacer un adulto. Todo ese tiempo yo pensaba que mi padre estaba



Somos las raíces de los mapuches que viven en Europa

muerto, porque mucha gente de nuestro pueblo había sido encontrada muerta. Finalmente mi madre lo encontró en una cárcel de la ciudad de Concepción. Apenas pudo reconocerlo: estaba terriblemente deteriorado.

Mi padre estuvo detenido dos años y siete meses, hasta que recibimos una invitación de la Embajada de Holanda para venir. Primero tuvimos que viajar a Santiago para conseguir un pasaporte, lo que fue un gran choque mental y cultural. En ese tiempo no usábamos zapatos; nunca habíamos estado en la gran ciudad. Yo no conocía en absoluto la vida chilena; llegué a conocerla recién en Holanda. En el avión volvimos a ver a mi padre después de todos esos años. Iba todavía esposado. Mi hermana menor dijo: «¿Quién es ese hombre?» Ella era un bebé cuando él fue detenido.

Llegamos directamente a un centro de acogida en Nunspeet, un municipio en el centro del país, y yo pensé: «¿Dónde están mis animales? ¿Dónde está mi abuela?» Mi padre dijo que no regresaríamos nunca más, porque él no podía entrar a Chile. Enseguida nos mudamos a Delfzijl, al nordeste de Holanda, con un entorno campesino. Allí fuimos recibidos por un grupo de holandeses: Marjon Beltman, Jan de Groot, en Sietske Meijer, entre otros, que nos ayudaron a integrarnos y a ser solidarios y tolerantes. En un principio pensé que los holandeses eran racistas, igual que los chilenos en Chile, que nos habían tratado como si fuéramos inferiores. Pero no fue así en absoluto:

los campesinos de Delfzijl eran muy amables. Nos mostraron cómo se hace el queso y nos dieron a beber leche fresca.

Mi padre fundó, junto con los holandeses que nos habían acogido, el Comité de Solidaridad con Chile de Eemsmond. Yo todavía era pequeña, pero los acompañaba a todas partes: conferencias, marchas, actividades culturales. Muchas veces discutíamos sobre las diferencias entre la situación de los mapuches y la de los chilenos. Los holandeses del comité lo encontraban confuso; ellos nos veían a todos como chilenos. Tampoco en el partido de mi padre, el MIR, querían tratar la situación específica de los mapuches como un asunto aparte. Por eso mi padre se retiró del partido. Yo siempre he dicho: «No soy ni de izquierda ni de derecha, soy mapuche». Los mapuches eran excluidos de los dos frentes políticos. La derecha nos veía como comunistas y la izquierda no quería reconocer nuestra identidad mapuche.

Quiero mostrar la cultura mapuche a la sociedad holandesa, dando por ejemplo charlas en universidades y centros de enseñanza media. A medida que crecía fui adoptando cada vez más el rol de mi padre en la defensa de la causa mapuche. Incluso ahora que Chile tiene una democracia, sigue siendo necesario, porque para los mapuches poco ha cambiado. Todavía son pobres y están oprimidos.



A medida que crecía fui adoptando cada vez más el rol de mi padre

Con mapuches de otros países europeos hemos creado la organización Folil, que significa raíz, porque nosotros somos las raíces de los mapuches que viven en Europa. Organizamos regularmente actividades políticas y culturales, y para el año nuevo mapuche hacemos siempre una gran fiesta. Mis padres son los líderes de las ceremonias; ellos conocen bien la cultura y los protocolos.

He tratado de traspasar a mi hija lo máximo posible de la cultura mapuche: qué comemos, cuáles son nuestras costumbres culturales. Su padre es marroquí, por lo que ella es una verdadera ciudadana del mundo. Y

ahora que es adulta, me gustaría volver a Chile. Aquí en Holanda trabajo en el sector de la salud, y me gustaría seguir haciéndolo en Chile. Así podría usar lo que aprendí en Holanda para ayudar a la población mapuche pobre. Holanda me ha dado mucho, como educación por ejemplo, pero en Chile están mis raíces: ese es el país que añoro.

La familia Railaf con vestimenta mapuche (Rosario en el centro)
Rosario frente a publicidad del periódico *De Gelderlander* después del arresto de Pinochet en 1998
Manifestación en torno al arresto de Pinochet en 1998 (Rosario a la derecha)
La madre de Rosario con sus cinco hijos (Rosario, la mayor, a la izquierda; página anterior)



El trabajo sindical ofrecía la posibilidad de hacer algo de verdad

Boris Vildósola Romero (Desierto del Norte de Chile, 1933) hace 65 años que es militante del Partido Socialista. Desde 1973 a 1989 vivió en Holanda, donde trabajó activamente en el movimiento sindical. En 1993 retornó a Chile, donde tiene, junto a su hija, una escuela parvularia.

En 1973 tuve que dejar Chile como refugiado político. Cuarenta años antes, cuando tenía un año, también fuimos refugiados económicos: en el norte de Chile se había desmoronado el sector del salitre y mi madre se vino con los niños pequeños a Santiago. Mi padre entretanto fue a buscar trabajo a Perú y nunca más supimos de él. Gracias a mi madre, que hacía todo tipo de trabajos para mantener a su familia, pude hacer la enseñanza media. Después me puse a trabajar y estudiaba por las noches.

Cuando cumplí quince años adherí a la Juventud del Partido Socialista (PS). Durante el gobierno de Allende trabajé en la Universidad Técnica del Estado de Santiago, que daba cursos por todo el país a gente que había tenido pocas oportunidades de estudio. Un trabajo hermoso, totalmente en la línea de la Unidad Popular. Yo organizaba esos cursos y enseñaba marketing.

Puesto que también militaba en el partido, y trabajaba en mi barrio y en el sindicato, después del golpe de Estado corría peligro. El partido me recomendó ir a la residencia del agregado comercial finlandés, quien consideraba que todos aquellos militares eran asesinos. Él contaba: «Mi país vendió equipos de

esquí al Regimiento Andes, y yo era amigo de un general. Pero el 11 de septiembre los militares lo asesinaron. Él era un militar democrático. Y si pueden asesinar a un general, pueden asesinar a cualquier persona. Por esto es que abro mis puertas». Finlandia no tenía realmente embajada, así que nos llevaron con otras personas a la de Holanda. A fines de octubre yo formé parte del primer grupo de siete que podían partir rumbo a Holanda.

Al llegar a Holanda fui a vivir a Zaandam, una pequeña ciudad cercana a Ámsterdam, y rápidamente conseguí un trabajo. La municipalidad de Ámsterdam era de izquierda y dio trabajo a algunos chilenos. Yo comencé entonces como administrativo en el Servicio Social. Cada día veía en un gran marco los nombres de los empleados muertos durante la ocupación alemana. Por eso comprendo por qué los holandeses fueron tan solidarios con nosotros. Después pasé a un departamento en que se ayudaba a los nuevos holandeses a orientarse.

Al principio yo era el jefe del Partido Socialista de Chile en Holanda. Pero lo dejé en seguida para dedicarme a la actividad sindical, que ofrecía la



Claudio Pérez

No quiero que el dinero recaudado vaya a través de chilenos de aquí

posibilidad de hacer algo de verdad, como lo fue enviar apoyo material y financiero a Chile. Creamos un comité sindical chileno con gente de distintos partidos. Yo fui el representante para Holanda de la Central Única de Trabajadores (CUT).

Además, los miembros del sindicato de funcionarios ABVA/KABO me eligieron miembro del directorio del departamento de Ámsterdam. Políticamente me identificaba con el Partido del Trabajo (PvdA), pero nunca fui un activo militante de ese partido.

Dos directores holandeses del ABVA/KABO y yo fundamos el Grupo de Adopción Chile de nuestro sindicato. Miembros del sindicato decidieron apoyar económicamente desde aquí a dirigentes sindicales y a sus familias en Chile, pero yo dije inmediatamente: «No quiero que el dinero recaudado vaya a través de chilenos de aquí, porque podría no llegar a buen puerto». Era un hermoso proyecto, que duró diez años y fue todo un éxito. Los holandeses enviaban el dinero directamente a más de trescientas familias en Chile. Muchos de ellos han mantenido los contactos con Chile y han estado de visita.

Me sorprendió mucho que en Holanda no se celebrara el 1 de mayo y que ese día no fuera feriado. A través de mis contactos con trabajadores extranjeros de países como Marruecos, Turquía, España y Yugoslavia, logré que organizáramos una manifestación. En un principio, a la Central Sindical

holandesa (FNV) no le interesó, pero la primera vez que convocamos, en 1976, llegaron dos mil extranjeros, de los cuales la mitad no pudo entrar a la sala. Después lo organizamos unas ocho veces más.

En Holanda tuve pocos problemas para adaptarme. Siempre fui muy organizado y llegaba a todas partes a tiempo. Esta mentalidad holandesa ya la tenía cuando llegué. No noté discriminación, con una sola excepción. Una profesora dijo que mi hija menor tenía que ir a la escuela de economía doméstica, probablemente porque era extranjera. Estaba furioso y cambié a los tres niños de escuela. Ella fue la única de su curso que después fue a la universidad.

A fines de los ochenta fui a trabajar cuatro años a América Latina para la Fundación Ana Frank enviado por la municipalidad de Ámsterdam. Mi labor era encargarme de que la versión en español de la exposición *De wereld van Anne Frank* (El mundo de Ana Frank) se viera en todas partes. Mi familia se quedó en Holanda.

En 1993 regresé definitivamente a Chile con mi mujer y mi hija menor. Gracias a una reorganización en la municipalidad de Ámsterdam pude adherirme a un plan de jubilación anticipada (VUT). Cada dos años viajamos a Holanda a visitar a nuestros dos hijos mayores y nuestros nietos.

Hace dieciséis años, mi hija, que estudió pedagogía, me propuso comprar un

jardín infantil en Santiago. Ahora es una escuela parvularia para niños con problemas de lenguaje, por lo que es subsidiada por el Estado. Como recuerdo de Holanda, en la escuela tenemos molinos. Mi hija y yo somos copropietarios. A mis ochenta años soy el director ejecutivo, y ella la directora pedagógica. En mi barrio aún milito activamente en el Partido Socialista, igual que hace 65 años.



Finalmente, me gustaría contar que con mi amigo Fernando Quilodrán organicé un programa para más de veinte holandeses del antiguo movimiento de solidaridad, que vinieron a Chile en septiembre 2013 para la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado. Con ello, después de cuarenta años se cierra el círculo.



En una acción de boicot a Chile junto al presidente de la FNV, Wim Kok, 1978

Conmemoración del aniversario 24 de la CUT, 1977

Boris con su mujer, Sylvia, despidiéndose de Holanda en 1993. A la derecha Jan Wolff y Dil Engelhard, de la orquesta De Volharding

Después de cuarenta años se cierra el círculo

¡Si hubieras visto mi agenda no lo creerías!

Marijke van Meurs Valderrama

(Santiago, 1958) desde joven defendió con vehemencia su opinión. De 1973 a 1989 continuó en Holanda con sus actividades políticas y estudió arqueología. Actualmente es directora del Museo Regional de Ancud, en la Isla Grande de Chiloé.

Para la mayoría de los chilenos que tuvieron que escapar fue una casualidad que llegaran a Holanda, pero no para mí. Mi padre se fue de Holanda a Chile como sacerdote a fines de los años cuarenta. Luego se retiró del sacerdocio, se puso a trabajar en comercio y se casó con una chilena.

La mayoría de mis familiares eran de izquierda, y yo desde joven fui activista política, ya en la época de las elecciones de Allende, alrededor de 1970. Con catorce años ingresé a las Juventudes Comunistas, y ahí comenzó un periodo apasionante, en que paraba poco en casa: me la pasaba en reuniones, marchas, y ayudando como voluntaria en el suministro de alimentos durante la huelga de los camioneros.

Cuando llegaba a casa me decían muchas veces que me habían visto en una marcha. «Cómo, si estaba en la escuela». Pero yo sobresalía porque era mucho más alta que las otras chicas. En el colegio de niñas al que iba todas pertenecían a algún sector político, rayando extremismos a veces. Como cuando una chica de derecha delante de mí le abrió las piernas a una amiga mía con una tabla con clavos.

Nuestro liceo estaba a dos cuadras del Palacio de la Moneda. El día del golpe fuimos a mirar y nos asustamos muchísimo. Mi madre me fue a buscar al colegio; nadie sabía qué iba a pasar. Estábamos muertos de miedo; escuchamos disparos toda la noche, no podíamos pensar. No pude salir a la calle durante días enteros.

Cuando después de dos semanas volví al colegio, llevaba puesto un poncho, que era visto como ropa de izquierda. En el liceo me dijeron: «¡Sácate eso, es peligroso, no seas tonta!» Después nos contarían qué personas no habían regresado al colegio. Una de ellas, una chica del MIR, está en la lista de los desaparecidos.

Mi padre se había ido a Holanda en 1972 para arreglar su jubilación. Estando allí enfermó y mi hermano viajó tras él. Mis padres decidieron que teníamos que irnos todos a Holanda, y tenían razón: de otro modo quizás yo no habría sobrevivido: era muy apasionada y no podía mantener la boca cerrada. Durante Allende me acostumbé a tener mucha libertad, y eso terminó repentinamente.



Estábamos muertos de miedo, escuchamos disparos toda la noche

En octubre de 1973 llegamos a Holanda. Nunca había estado allí; no hablaba ni una palabra del idioma. Así fui a parar a Den Bosch. Después de haber hecho una prueba en el mavo (formación secundaria de nivel elemental), se concluyó que tenía que hacer algo con mis manos, pues era obvio que no podía pensar. El profesor de Historia decía: «No sé si es tan terrible que Allende esté muerto». Entonces decidí aprender bien holandés para entorpecerle las clases, y así lo hice, junto a mi compañero Wim. Le discutíamos todo: la Guerra Fría, Cuba, etcétera. Terminé el colegio con las notas más altas, pasé al nivel de educación secundaria siguiente, havo, y después di el examen estatal del vwo (el nivel necesario para entrar a la universidad).

Tenía poco contacto con mis compañeros. Cuando estaba en el havo, siendo tesorera, quise agregar algo de más contenido a la asociación de estudiantes, pero los otros sólo querían organizar fiestas y beber cerveza. ¡Horrible!

Según yo, solo estudié duro en el mavo. Luego ya no tuve tiempo. Estaba otra vez en las Juventudes Comunistas Chilenas y apenas paraba en casa. ¡Si hubieras visto mi agenda no lo creerías! Reunión del Comité de Solidaridad con Chile de Tilburgo, reunión sobre Chile en tal lugar, pintar un mural en tal otro, marchas, entrevistas... Y así hasta 1989.

Era más fácil trabajar con holandeses que con chilenos, porque con los

holandeses sabías que algo iba a pasar tal día y a tal hora; con los chilenos no. Pero, por otro lado, ¿cómo puedes establecer hoy que un miércoles de dentro de dos semanas vas a comer chino a las seis de la tarde? Todavía me causa extrañeza.

Tuve una relación con el muralista «Kata», y me fui a vivir con él. Primero a Spijkenisse (una ciudad cerca de Róterdam), y después a Róterdam. Luego me fui a vivir, sin él, a Ámsterdam. Allí di mi examen de primer grado académico en historia del arte y arqueología clásica. Luego me recibí en arqueología e historia del arte de América pre-colombina en Leiden. Aquí seguí también un curso de mapudungún. Hace poco, cuando por mi trabajo estuve visitando museos en Estados Unidos, me di cuenta de lo importantes que fueron aquellos estudios para mi formación.

En 1979 viajé por primera vez a Chile, a visitar a mi abuela. El toque de queda era aterrador. Me di cuenta de que me seguían cuando iba a casa, por lo que no podía dormir en toda la noche. La segunda vez, en 1986, fui con un montón de cartas, firmas y timbres de la Universidad de Ámsterdam a un congreso sobre pueblos originarios, y me fue excelente.

No quería quedarme en absoluto ni un día más de lo necesario en Holanda. El viernes terminé mis estudios y el martes partí a Santiago. Dos años más tarde se vinieron mis padres también. Sólo



mi hermano se quedó en Den Bosch con su esposa holandesa. Después de un tiempo encontré un empleo en la Universidad de Valdivia como profesora de arqueología precolombina, historia de los indígenas y museología.

Desde 2001 soy directora del Museo Regional de Ancud, en la Isla Grande de Chiloé. Siempre soñé con trabajar en un museo, y de verdad que es mucho más entretenido y variado que trabajar en la universidad. Puedo hacer investigación, editar publicaciones de difusión y organizar exposiciones.

Todavía me asusta el Chile de hoy: el individualismo es un desastre. Cada vez importa menos lo que haces. Se trata de cómo lo vendes, cómo lo presentas hacia afuera. Los hombres también son un problema, uff! Muchas mujeres no tienen marido porque hay pocos



Marijke poco después de su llegada a Holanda en 1973

Pintando un mural a fines de los años setenta

Discurso en un acto a fines de los años setenta

hombres que valgan la pena. ¡Mejor estar sola que mal acompañada! Y tampoco tengo tiempo para ello. Mis padres se vinieron a vivir conmigo de Santiago en 2008. Con más de noventa años y altamente discapacitados, fallecieron hace poco. Después de mi trabajo hacía las compras, y cuando llegaba a casa, la persona que tenía contratada para que me ayudase se iba y yo seguía cuidándolos.

He vuelto cuatro veces a Holanda: la última en 1999. Todavía tengo muy buenos amigos holandeses. Cuando Chile no era seguro pude vivir en Holanda y disfrutar de la cultura, algo que mucha gente en Chile no ha podido hacer. También las actividades de solidaridad han sido muy importantes en mi vida. Estoy contenta de haber podido aportar con mi granito de arena al derrocamiento de Pinochet.

De otro modo quizás yo no habría sobrevivido: era muy apasionada